

A high-contrast, black and white silhouette of a man with a beard, wearing a cap and a long tunic, riding a horse. The man is shown in profile, facing right, and is holding a long, thin staff or spear. The horse is also in silhouette, with its head and neck visible on the right side of the frame. The background is plain white.

CLÁSICOS CASTELLANOS

# EL CONDE LUCANOR

DON JUAN MANUEL

ADAPTACIÓN DE  
EMILIA NAVARRO RAMÍREZ



Editorial Bamb  
es un sello de Editorial Casals, S. A.

- © 2010, de la adaptaci—ny de las notas, Emilia Navarro Ram rez
- © 2010, del estudio de la obra y del cuaderno documental,  
Emilia Navarro Ram rez
- © 2010, de las ilustraciones del interior, Joan Mundet
- © 2010, de la ilustraci—nde la cubierta, Enrique Lorenzo
- © 2010, Editorial Casals, S. A.

Casp 79, 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
www.editorialbambu.com  
www.bambulector.com

Coordinaci—nde la colecci—n: Claudia Sabater  
Dise—o de la colecci—n: Enric Jard  
Ilustraci—ndel cuaderno documental: Jaume Farr s  
Fotograf as del cuaderno documental:  
PRISMA

Primera edici—n: enero 2010  
Segunda edici—n: septiembre 2010  
ISBN: 978-84-8343-084-2  
Dep—sto legal: B-36.834-2010  
*Printed in Spain*  
Impreso en ndice S. L.  
Fluvi, 81-87. 08019 Barcelona

No est permitida la reproducci—ntotal  
o parcial de este libro, ni su tratamiento  
informtico, ni la transmisi—nde ninguna  
forma o por cualquier medio, ya sea  
electr—nico, mecni co, por fotocopia, por  
registro u otros m todos, sin el permiso previo  
y por escrito de los titulares del *copyright*.

# LAS BOLAS DE TABARDE

## Cuento XX

Un día, hablando el conde Lucanor con su consejero le dijo:

Patronio, ha venido a verme un hombre y me ha dicho que, con su ayuda, voy a conseguir mucho dinero, pero que es necesario que yo le entregue antes una cantidad como anticipo. Me ha prometido que, por uno que yo le doy, obtendrá diez. Como confío en vuestro conocimiento, quiero que me digáis si esto me conviene.

Señor conde respondió—Patronio, para que comprendáis mejor mi respuesta, os contaré antes un cuento relacionado con vuestro asunto.

Contadme lo, pues.

Veréis, señor continuó—el consejero, había a una vez un pícaro que estaba deseando enriquecerse y salir de su vida precaria, y vio la oportunidad cuando se enteró—de que había un rey bastante imprudente que estaba empeñado en hacer alquimia<sup>1</sup>.

1. *Alquimia*: saber antiguo relacionado con la búsqueda de la piedra filosofal, es decir, con la transformación de cualquier metal en oro.

Aquel p caro cogi—cien monedas de oro y las lim—has-  
ta conseguir fragmentos muy peque—os. Junt— aquellos  
trocitos de oro con otros materiales, de modo que de cada  
moneda sali—una bola, y de este modo obtuvo cien bolas.

Se visti—entonces con un traje propio de persona culta  
y respetable, y se dirigi—a la ciudad donde resid a aquel  
rey. All mostr—las bolas que llevaba y, cuando las vio el  
boticario<sup>2</sup>, pregunt—que para qu serv an. El timador res-  
pondi—que para muchas cosas, pero sobre todo para hacer  
alquimia, pues conten an una sustancia que convert a todo  
lo que tocaba en oro. El boticario compr—las cien bolas por  
dos o tres monedas, y quiso saber qu nombre ten a tal sus-  
tancia. El p caro le respondi—que *tabarde*<sup>3</sup>.

Se qued—este hombre a vivir en la ciudad durante alg n  
tiempo y, de cuando en cuando, iba diciendo a algunas per-  
sonas, en secreto, que sab a hacer alquimia.

Cuando esta noticia lleg—a o dos del rey, lo mand—lla-  
mar y le pregunt—si aquello era verdad. El timador, al prin-  
cipio, se mostr—reacio y lo neg—,pero al final dio a enten-  
der que era cierto, aunque advirti—al rey de que exist a  
mucha picaresca alrededor de este asunto de la alquimia.  
S in embargo, se—or a —adi—, si vos esti s interesado  
en comprobar mis conocimientos, con gusto os har una  
demostraci—n.

El rey se sinti—confiado con aquellas palabras y le dio  
carta blanca para realizar su experimento.

2. *Boticario*: persona que regenta una botica o farmacia; se trata de una profesi—n cercana a las aspiraciones del alquimista, pues mezcla extractos naturales.
3. *Tabarde* : palabra inventada por el autor que no significa nada y que forma parte de la puesta en escena de este timo.

Pidi—entonces el estafador que le proveyeran de algunas cosas de poco valor y fáciles de encontrar, cuya relación escribi—en un papel, así como de una bola de *tabard e*, la cual facilit—inmediatamente el boticario. Cuando el falso alquimista fundi—en el fuego todo aquello, extrajo, ante los asombrados ojos del rey, oro fino por valor de una moneda.

Al ver el monarca que, de objetos que no valían casi nada, salía una moneda de oro, se sintió—el hombre con más suerte del mundo, y le pidió—al pícaro que probase otra vez. Pero este le respondió—:

Se—or, yo ya os he dicho todo cuanto sabía, y lo he demostrado ante vos. De ahora en adelante, podríais realizarlo vos mismo. Solo debíais tener en cuenta que no puede fallar ninguno de los ingredientes que están en la lista.

Dicho esto, se despidió—y se marchó—a su casa.

El rey probó—entonces a hacer oro, y dobló—los ingredientes de la fórmula, de modo que consiguió—oro por valor de dos monedas. De nuevo dobló—los ingredientes, y obtuvo oro por valor de cuatro monedas. Y tanto como dobló—la receta, le fue saliendo la cantidad de oro. Al comprobar que era cierto, mandó—traer ingredientes para extraer oro por valor de mil monedas. Sus mensajeros lo trajeron todo menos el *tabard e*, pues no pudieron encontrarlo, y el que guardaba el boticario ya se había terminado. Entonces, el rey mandó—llamar de nuevo al hombre que le había enseñado la fórmula y le expuso el problema.

Dispone su Majestad de todo cuanto le dije?, le preguntó el timador. El rey le contestó—que sí, salvo el *tabard e*, que no aparecía por ningún lado. Ya os dije, se—or, que eran imprescindibles todos los ingredientes, apostillé—el



*Prayer*

brib—n.El rey, desesperado, le pregunt—si l sab a d—nde hallarlo, y el falso alquimista le contest—que s . Entonces el rey le orden—que fuese a buscarlo y que trajese tanto que se pudiese hacer todo el oro del mundo.

El p caro le contest—que l personalmente lo traer a, pues sab a d—nde encontrarlo en las tierras de donde l proced a; y realiz—el cl culo all mismo de lo que podr a costar el viaje, as como el precio de aquella sustancia desconocida por todos. El resultado fue una gran suma de dinero.

Cuando el estafador tuvo aquella fortuna en su poder, se march—de all y jams regres—.El rey, que tan imprudente se hab a mostrado, al ver que tardaba ms de lo debido, orden—que preguntasen en su casa por si alguien sab a algo, pero la encontraron vac a de muebles y enseres, salvo un arca cerrada.

Cuando consiguieron abrirla, vieron que en su interior solo hab a un papel escrito que dec a: Pod is estar seguros de que en ning n lugar del mundo existe el tabard e y de que os he enga—ado. Me ten ais que haber dicho que, si en verdad yo pod a haceros rico, antes deb a demostrarlo haci ndome rico a m mismo, y que entonces me creer ais .

Al cabo de alg n tiempo, unos vecinos del lugar, entre bromas y por pasar el rato, se pusieron a calificar a todos los de la ciudad, diciendo: v alientes son fulano y mengano; ricos son fulano y mengano; prudentes son fulano y mengano, y as con todos, tanto en cualidades como en defectos. Y cuando nombraron a los imprudentes, mencionaron solo al rey.

Cuando el monarca se enter— de estas habladur as, mand—llevarlos ante l y, asegurndol es que no les har a ning n da—o, les pregunt—por qu lo consideraban imprudente. Y ellos le respondieron: M ajestad, por haber confiado en aquel hombre al que no conoc ais de nada y que os enga—tan fc ilmente.

El rey a n se quiso defender dici ndoles que estaban equivocados, porque, si aquel brib—n regresase, l ya no ser a considerado imprudente. Pero ellos le contestaron: S e—or, no estamos equivocados, pues si acaso ese timador volviese alg n d a, sacar amos de la lista a Vuestra Majestad y lo incluir amos a l <sup>4</sup>.

Vos, se—or conde, si no quer is ser imprudente, no os arriesgu is en algo de lo que no est is seguro y que pueda pareceros un enga—o, si no quer is que os pese.

Al conde le gust—mucho este consejo, lo sigui—y le fue bien.

Y, viendo don Juan que era una buena ense—anza, lo mand—poner en este libro, y le a—adi—unos versos que dicen:

*No pongas en peligro tu casa y tu riqueza  
siguiendo los consejos de quien vive en pobreza.*

4. Anotar a alguien en una lista de tontos y sustituirlo despu s por el que le ha enga—ado es un motivo tradicional en la Edad Media (Devoto, D., *Introducci n al estudio de don Juan Manuel y en particular del Conde Lucanor*. Pars: Ediciones Hispano Americanas, 1972).